

# En defensa de la izquierda revolucionaria

Carlos Tuya

(Del Secretariado Político del Partido Comunista de los Trabajadores)

**POR UNA DEMOCRACIA  
SIN MONOPOLIOS  
HACIA EL SOCIALISMO**



**PARTIDO COMUNISTA  
DE LOS TRABAJADORES**  
(ANTES OPI.)

Vilipendiada por enemigos, menospreciada por amigos y rechazada finalmente por propios vergonzantemente utilitarios —es decir, plebeyamente sumisos—, la “izquierda revolucionaria” está a punto de convertirse en ese “agnus dei” con el que nos quitamos los pecados de este pecador mundo nuestro. Todo esto viene a cuento de las elecciones y de los primeros debates “cortesés”, en los que la dictadura matemática del recuento conviene los mejores gestos fraternales en un juego de espectros. La democracia representativa burguesa es así; los que pierden van al hemicírculo para hacer el respetable —aunque no siempre— público del triunfador, con abono para cuatro o más años. He aquí una curiosa división del trabajo: mientras el Parlamento es el lugar de negociación entre vencedores y vencidos —un lugar para caballeros, sin duda—, el cuerpo social sigue librando las encarnizadas batallas de los seres sin otro escaño que el andamio, el surco, el banco de trabajo o de estudio, y tantas veces el banco de acusado sin respaldo, llamado banquillo para quitarle dramatismo.

Pero siempre, en última instancia, frente a los hombres sumisos o dominantes, la amoralidad de los números se ha impuesto; o lo que es lo mismo, como diría el clásico: “Al final todo es matemática.”

Y si bien es cierto que en las elecciones pasadas —y tan actuales— no deben interpretarse simplemente como un acontecimiento político, sino sociopolítico, condicionado por el propio proceso, es también muy cierto que en tiempos de “paz civil” son la única radiografía del cuerpo social. Una radiografía que tiene todas las virtudes y defectos de las radiografías “clínicas”, es decir, su precisión, pero su inmovilismo.

Por todo ello, es necesario hacer un científico “proceso” de datos de las últimas elecciones, y al mismo tiempo saber “leer” los resultados de ese proceso con la mente dialéctica del hombre transformador. Pues bien, desde un punto de vista matemático, es hoy ya evidente que la izquierda ha perdido las “elecciones-poder”, pese a haberse ganado las “elecciones-testimonio”. Lo que refuerza la presunción de ciertos iconoclastas de que de las urnas nunca sale más poder que el que existía antes de ellas: naturalmente, desde el punto de vista del “tiempo histórico”.

Pero esto, fácilmente demostrable sumando los votos de toda la derecha con sus matices y diferencias, y los de la izquierda no menos diferenciada y matizada, no es ningún problema político serio. La izquierda reformista con su “triunfo-derrota” se encuentra más prisionera que antes, pues a la responsabilidad de no haber perdido se le suma la de no haber ganado. Todo lo cual la llevará inexorablemente —como ya expliqué en otro artículo publicado en este mismo periódico, concretamente el titulado “En vísperas del pacto social”— a convertirse en parte integrante del nuevo sistema de dominación. Sistema que, hoy en día, ya no puede apoyarse sólo en la coacción, sino que —servidumbres de la fortaleza— necesita el “consenso” de los dominados, lo que finalmente hace frágil hasta el más templado acero. Lo que hoy se constituye por derecho histórico en verdadero problema, es decir, en cuestión fundamental aunque sea a medio o largo plazo, es el papel de la llamada

maliciosamente, en un claro intento exorcista, “extrema izquierda”, y que no es más que la izquierda revolucionaria (si bien es cierto que también hay una “extrema izquierda” cuyo extremismo, por servidumbres de la geometría, le suele situar en el mismo espacio político que la “extrema derecha”).

Dividida, ilegal y proscrita, la izquierda revolucionaria es considerada por los analistas y comentaristas políticos como la gran perdedora, junto con la derecha fascista. Tal análisis suele estar aparentemente avalado por los datos matemáticos de los escrutinios electorales. Pero la superficialidad de tales análisis salta a la vista a poco que se profundice en ellos. En efecto, si sumamos todos los votos de las candidaturas de la izquierda revolucionaria, que se presentaba al país con más de veinte opciones electorales, incluyendo las tres que lo hacían a nivel estatal (FDI, CT, FUT), obtenemos la cantidad aproximada de 600.000 votos. Cifra ya de por sí nada despreciable, sobre todo si tenemos en cuenta las condiciones reales en las que se han tenido que desenvolver estas candidaturas de izquierda. Pero es que hay algo más que curiosamente suele pasar inadvertido por aque-

llos analistas que tratan de hacer pasar por real lo que sólo es el reflejo de lo real en sus más o menos privilegiados cerebros. Y este dato fundamental es el importante número de abstenciones, el 21,7 por 100, prácticamente idéntico al obtenido con motivo del referéndum, cuando casi todos los partidos democráticos lo propiciaban —y con la que se sintieron muy satisfechos—. Tal cifra abstencionista, cerca de cinco millones de “no-votos”, no puede justificarse desde la derecha, plenamente representada con sus alternativas de FET y JONS, Alianza de 18 de Julio y Alianza Popular, y lanzada a la busca y captura del voto; ni muchísimo menos desde la pereza o abstencionismo natural. El hecho de que las provincias conflictivas, como Euskadi, tengan un alto índice de abstención —Guipúzcoa con el 27 por 100— hace posible y lógico “apuntar” tal grado elevado de abstención precisamente a la actitud de ciertas formaciones de la izquierda revolucionaria, del lógico rechazo, más o menos consciente, a unas elecciones seudodemocráticas. Incluso, aunque sólo un 10 por 100 fuera producto de actitudes claramente izquierdistas, es plausible y lícito deducir matemáticamente

que una izquierda revolucionaria unida y capaz de vencer con sus claros planteamientos programáticos de alternativa política, económica y social, las posturas abstencionistas habrían logrado más de DOS MILLONES de votos y se habrían convertido electoralmente en lo que es socialmente: la tercera alternativa del país, y en justicia la única alternativa que no sólo desea cambiar la vida, sino que ella misma es ya vida cambiada.

No tener en cuenta esta realidad, aunque ciertamente no es tan fácil descubrirla, sería y es un grave error de miopía política. La izquierda revolucionaria es una realidad política con amplia base social popular y obrera. Una realidad social que, aunque no tenga representación política parlamentaria —con la excepción del diputado y senador de Euskal Erriak, candidatura en la que nuestro partido está integrada— es peligroso olvidar, y con la que, de una u otra forma, el país y sus clases dirigentes deben contar. Frimero, y siguiendo la “filosofía” del presidente Suárez, convirtiendo en legal lo que ya lo es por su implantación; es decir, legalizando a todas sus formaciones; segundo, contemplando esta fuerza política y social popular y revolucionaria, como parte integrante y necesaria de la dialéctica política, que no se puede ni debe circunscribir tan sólo a las Cortes: un recinto que, por otra parte, en la que, debido a la Ley Electoral, las dificultades de voto a los emigrantes, etcétera, cerca de OCHO MILLONES de españoles no han tenido cabida.

Pero, claro, para esto hace falta que la izquierda revolucionaria —independientes, socialistas, comunistas y organizaciones obreras y populares de masas— SE UNA. Independientes que, al contrario de los “independientes” de Suárez, lo sean tan sólo de los partidos políticos, pero no del pueblo del que son genuina emanación: socialistas, que al contrario de los “socialdemócratas” (véase el ejemplo tan próximo y tan doloroso de Soares en

Portugal) quieran de verdad y con todas las consecuencias el socialismo: comunistas que, afirmándose en su única razón de ser, el marxismo-leninismo, estén dispuestos a sacrificarse por esa unidad. Y organizaciones de masas obreras y populares que, superando toda tendencia a abandonar sus intereses a los grupos políticos, estén dispuestas a cumplir el papel histórico de formas de Democracia Directa y poder popular que les corresponde. Porque, cuando lo social se hace real, como diría el filósofo de la “sospecha”, la historia se reconcilia consigo misma y los protagonistas adquieren el protagonismo que la ideología dominante les ha robado. Y entonces se hará la Unidad y con ella el Socialismo.